



ATAQUE DEL CASTILLO DE HOUGOURMONT.

EPISODIO DE LA BATALLA DE WATERLOO.

Los viajeros que pasan desde Nivelles á Monte San Juan, divisan hoy á la izquierda del camino las ruinas de un castillo, que conserva todavía las señales de haber sido incendiado, una muralla con muchas troneras y tierras en que la vista del cultivador puede reconocer una esplicacion. Allí, en efecto, se elevaban hace treinta años el bosque y el castillo de Hougomont, que tan importante papel representaron en la decisiva batalla de Waterloo.

Los dos cubrían la derecha del ejército coligado. Napoleon mandó atacar estos puntos al amanecer por la división Reille, á fin de entretener al ejército inglés y engañarle respecto al principal esfuerzo, que debía efectuarse hacía el centro, es decir, en Monte San Juan. El combate hacía aquel lado no era verdaderamente mas que una diversion; pero las circunstancias del terreno y de la posicion disputada lo convirtieron en encarnizado.

Los franceses consiguieron desalojar á los enemigos del bosque persiguiéndolos de árbol en árbol. Al frente de la entrada se encontraron con nueva resistencia, que tambien vencieron; pero al acercarse al muro se vieron envueltos en un diluvio de balas, disparadas desde las troneras, abiertas por los ingleses. El desorden cundió en las filas de los que asaltaban el castillo, y se vieron rechazados hasta el bosque; pero avanzaron de nuevo llegando al pié de la muralla, donde comenzó otra vez un combate tan terrible como inútil.

Furiosos los franceses por tan larga resistencia, suben por el muro

agarrándose á las troneras; pero caen entre los batallones ingleses que los degüellan.

Esta lucha sangrienta y estéril duró cuatro horas. Por último, sorprendido Napoleon al ver que no se movía su ala izquierda, pregunta el motivo, se lo esplican, mira el mapa, indica un punto inmediato al castillo, y dispone que se coloquen ocho obuses y que *concluya toda*.

Media hora despues ardia el castillo; las tropas francesas rompian la puerta principal, ahuyentaban de los arruinados aposentos á la infanteria inglesa, y se apoderaban del puesto.

Nuestro grabado representa este último ataque, en el momento en que el enemigo cierra la puerta del castillo y se obstina en oponer una resistencia desesperada é infructuosa.

Va se conoce el concurso de circunstancias que inutilizó este triunfo. Por sus peripecias, por el valor de los combatientes y por sus resultados, la batalla de Waterloo es tal vez la mas importante de la historia francesa, una de aquellas luchas supremas que llamaba *Malheurá Jornada de Dios*. Ha dejado en los recuerdos populares una señal sangrienta que nada podrá borrar, y por eso se comprende que Beranger haya dicho, hablando de Waterloo:

«Nunca su nombre sonará en mis versos.»

Chateaubriand refiere en sus *Memorias de Ultramar* la primera noticia que recibió de tan terrible batalla.

«El 18 de junio de 1815, dice, salí de Gante por la puerta de Bru-
18 DE ENERO DE 1852.

se las á dar un paseo por el camino real. Llegó los Comendarios de *Cócer*, y caminaba despatuco embetido en su lectura: hallábase ya muy de una legua de la ciudad, cuando al un sordo ruido, semejante á un redoble; detúvose, miró al cielo cargado á la sazón de nubes, y reflexionó si continuaría el paseo ó volvería á Gante; al fin prosiguió andando, y volvió á oír el mismo redoble, aunque á intervalos desiguales: aquellas detonaciones le inspiraron la idea de un combate. Atravesó el camino y se apoyó en el tronco de un árbol con la cara vuelta hacia Bruselas: el viento del Sur llevó emboraces hasta sus oídos el ruido de los disparos de artillería. La batalla que se estaba dando aquel día, y que todavía no tenía nombre, era la de *Waterloo*.

HISTORIA ANECDÓTICA.

LA MINORIA DE CARLOS II.

LA REINA DOÑA MARIANA.—EL PADRE NITARD.—DON JUAN DE AUSTRIA.—VALENZUELA.—CARLOS II.

(Conclusion.)

La narración que vs hecha de los sucesos ocasionados por la privanza del padre Nitard, nos conduce naturalmente á los tiempos en que aparece en la escena cortesana otro personaje no menos célebre, D. Fernando de Valenzuela.

Natural de la ciudad de Bonda en el reino de Granada, hidalgo de una pobre aunque antigua casa, el jóven D. Fernando vino á Madrid, y mereció á su agraciada persona y despejo natural, logró ser recibido de paje del duque del Infantado, que pasaba á Roma de embajador; aquellas buenas disposiciones, respaldadas por su fidelidad y cortesanía, su afición al estudio y su talento ingenioso y político, captaron de tal modo la voluntad de su señor, que á su regreso de Italia con el jóven Valenzuela, le hizo dispensar la gracia de un hábito de Santiago, que era generalmente por donde empezaban á manifestar su proteccion los grandes señores, á aquellos de sus dependientes que querían lanzar en la vida pública y cortesana. Pero la muerte inmediata del duque privó á poco tiempo á Valenzuela de todo apoyo y valimiento, quedando reducido á causa de su pobreza al triste papel de *pasante en corte*, con sus puntas de caballero de fortuna, ó del *milagro*, como se designaba entonces á los infinitos pretendientes que pululaban en las calles y paseos de Madrid. Sin embargo, el despejado talento y las dotes personales de Valenzuela, le daban ventajas inmensas sobre otros muchos para abrirse camino y borrar algun día en lo masalto de la moda de la fortuna; y reconociendo por instinto natural lo favorable de la época para aquellas singulares elevaciones, dedicó todos sus cuidados y perseverancia á buscar en la corte un escalon donde poner el pié, fiando á su ingenio y audacia la tarea de elevarse á lo mas encumbrado del favor.—En el cuadro que ofrecia el Palacio á la onasion del omnívoto poder y azulesco favoritismo del padre confesor, ninguno mejor que este podia ser el punto de apoyo que necesitaba Valenzuela; y firmemente convencido de ello, se propuso dedicar todo su talento, todas las relaciones que habia sabido granjearse, á llamar la atención del favorito, á fijar sus miradas, y á hacerle ver en él un sumiso y discreto servidor. Y como nada es negado á la constancia y al ingenio reunidos, no tardó en conseguirlo de tal modo, que supo granjearse la amistad de Nitard, hasta el punto de confiarle sus secretos, y hacerse en fin tan necesario á su persona, que no pudiendo ya pasar sin él, hizo que fuese recibida en la servidumbre real.

No bien el discreto Valenzuela llegó á penetrar en Palacio, se dedicó á otro género de investigaciones y servicios, que pudieran ayudarle en su camino; y á este fin, y confiado en las dotes de su persona, en su juventud y modales cortesanos, procuró buscar entre las damas de la corte aquella que disfrutase mayor favor con S. M., y no tardó en convencerse de que una alemana llamada Doña Eugenia, era la que podía gloriarse de obtener la confianza y el amor de la reina viuda. No fué menester mas para que la discrecion y el rendimiento de Valenzuela la escogiesen por blanco de sus tiras; y como era de esperar, sus galanteos estudiados hacia Doña Eugenia, obtuvieron de parte de esta tan benévola acogida, que acabó por darle el consentimiento de su mano, y obtener de la reina para su futuro esposo una plaza de caballero de campo.

Corria por entonces lo mas fuerte de la borrasca la privanza del confesor, mereció á las ágras condescendencias con el príncipe D. Juan; y Valenzuela, hecho ya un *señor obligado*, aunque subalterno, de la intriga y la corte, no perdió, como puede suponerse, la ocasión de iniciarse en la presencia y en los secretos de la reina; y puesto por el padre confesor en el camino de la real confianza, lo demás bastó para á Valenzuela para salvarlo su ingenio natural, su ambicion y hipocresía.

Los vez varicadas la terrible caída del confesor, quedaba D. Fernando como único depositario natural del regio favor y confianza; y como Mariana por lo angustioso de su situación, por su carácter y por

los tristes sucesos que habian mediado para el destierro de su favorito, necesitaba absolutamente con quien desahogar su espíritu, á quien confiar sus penas, y con quien contar para sus planes ulteriores, puso naturalmente los ojos en Valenzuela, que era la hechura y el protegido especial del desterrado confesor.

Doña Eugenia que no estaba menos animada que su marido de una extrema ambicion, conociendo, como no podia menos, las buenas disposiciones de S. M., se prestó fácilmente á brindarle los servicios de aquel, y mediante largas y continuas conferencias que le proporcionaba con el discreto Valenzuela (conferencias á que por mandato especial de S. M. asistia tambien la misma Doña Eugenia), llegó muy pronto á captarse su real benevolencia y confianza, en unos términos tales, que no le reservaba ya ninguno de sus mas íntimos pensamientos; y como Valenzuela estaba muy introducido en la sociedad y sabia todos los pormenores de las ocurrencias del día, todas las disposiciones de los ánimos, todas las conversaciones populares, y mudras de dar diariamente á la reina una cuenta exacta de todo ello, y mas especialmente de lo que podia tener relacion con los proyectos de D. Juan y con las intrigas de los señores de la corte, conseguia Mariana, en medio de su fortificado retiro, estar tan al corriente de todo, que era para causar la admiracion de sus servidoras y cortesanos, entre los cuales empezó á correr la voz de que habia *duende* en Palacio, y muy poco después llegaron á convencerse de que el tal no era otro que Valenzuela, á quien desde entonces apellidaron *El duende de la reina*.

Pero como es acahe que comun de los palacios en tales ocasiones, los mismos áulicos y servidoras que empezaron por murmurar y lamentarse de aquel extraño favor, acabaron muy luego por transigir con él y saludar al nuevo favorito como al ángel dispensador de gracias y mercedes. Los ministros y funcionarios, por su parte, viendo sustituida su influencia y poder por la de un aventurero intruso, empezaron á manifestar su descontento, y á sospechar que con el destierro del padre Nitard no habian hecho mas que dejar vacante el puesto para que viniese á ocuparlo un nuevo valido mas usado y poderoso; y como acababan á esta la oscuridad de su origen y su falta de categoría, la reina se decidió á hacer rápidamente su fortuna, empezando por nombrarle su primer caballero (á pesar de la oposicion que manifestó el caballero mayor marqués de Castel-Rodrigo), y agraciándole inmediatamente con el título de Castilla, bajo la denominacion de *Marqués de San Bartolomé de los Pinarec*. Estas y otras públicas manifestaciones del regio favor hacia la persona de D. Fernando, revelaron á la faz de toda España que la plaza de *valido*, vacante por la salida del confesor, estaba provista; pero á todas las señales de agitación y á las murmuraciones que esta nueva ocasionaba, respondia Mariana con el mas soberano desden, continuando en su tarea de elevar á Valenzuela, en términos que habiendo muerto de allí á poco el caballero mayor, cuyo cargo era siempre desempeñado por un grande de España, S. M. confirió esta categoría, aquel empleo, y el de gentil-hombre de cámara, á su dichoso protegido.

En vano los grandes, los ministros y el pueblo desahogaron sus quejas y murmuraciones; en vano se opusieron abiertas resistencias, se organizaron intrigas, se pusieron en juego todos los resortes de la política. Mariana poseyó de nuevo la misma firmeza con que por mucho tiempo supo defender á su antiguo favorito, y complaciéndose á cada queja en depositar á Valenzuela una nueva merced, á cada resistencia en darle una arma mas con que combatir á sus enemigos.

Las cosas llegaron á punto que el Consejo de Gobierno y los secretarios de Estado no eran mas que los conductos por donde el valido expedía sus órdenes, y la misma personalidad de la reina desaparecía en el concepto público ante el poder omnívoto del marqués. Conociendo este con su despejado talento la multitud de envidiosos y enemigos que su rápida elevacion debia haberle causado, pero disponiendo al mismo tiempo de todos los medios de ganar amigos con los favores del poder, usaba ampliamente de este expediente para llover mercedes sobre todos los ambiciosos y descontentos; pero, como sucede naturalmente en las cortes, el número de estos, en vez de disminuir con aquellos fáciles galardones, se multiplicaba indefinidamente, y á medida que se saciaba una ambicion y un deseo, nacian ciento, producidos por el mismo origen y alimentados de la misma envidia.

Las animosidades, las intrigas, y las públicas manifestaciones del descontento público aumentaban rápidamente, y unas veces se revelaban en fragorosos intentos y en temerarios complots, otras se denunciaban en públicas conversaciones, en pasquines y sátiras.—Una noche, por ejemplo, llegó el descafo hasta el estremo de fijar cerca de Palacio uno de estos pasquines en que estaban retratados la reina y el favorito: este tenía á sus piés todas las insignias de las dignidades y honores, las miras, las banderas, el toison, las coronas de reyes, las espadas de condestable, las áncoras de almirante, las llaves de gentil-hombre; y encima de todas estas emblemas se leia un rótulo que decía: *Esto se vende*, y la reina apoyando su mano sobre su corazón, leia en silencio estas palabras: *F. en el día*.

Pero lo más singular de todo es la entereza ó mas bien la indiferencia con que miraba Mariana estas públicas demostraciones de hostilidad, penetrada de que su elevada condición la ponía á demasiada altura sobre aquellos indignos ataques, y creyendo que el mejor modo de combatirlos era castigarlos con el desprecio.

Valenzuela por su parte, no tan confiado ni tranquilo, buscaba todos los medios posibles de hacerse perdonar su elevacion y conquistar alguna popularidad. Por sus acertadas providencias en este punto, hizo de modo que el pueblo de Madrid estuviese bien surtido de víveres; protegía y fomentaba las diversiones públicas (*pan y toros*); emprendía obras de alguna importancia, como por ejemplo la restauracion de la casa real de la Piedad y del lienzo meridional de la plaza, destruido por el incendio de 7 de julio de 1072; la mejora del Palacio ó Alcázar, y la formacion del arco de la Armería; el puente de San Fernando, y otras obras de comodidad y ornato público.

Pero su arrogancia y orgullo hacian traicion á su talento, y bastaban á borrar cualquiera impresion favorable que el público pudiera recibir de sus beneficios. Aquella arrogancia y aquel orgullo desmedido que la sugeria el deseo de ostentar su favor, llegó al estremo de que en una de las fiestas de toros y cañas dispuestas por él, se presentó ricamente ataviado de negro y plata, con plumas blancas y negras en el sombrero, ó de medio luto (aludiendo á la videx de la reina), y ostentando sobre el pecho una banda de seda negra bordada en oro, con una divisa en que se veía un águila mirando fieramente al sol, con este mote: *Yo solo tengo licencia*, ó bien un escudo en que brillaba la misma águila armada del rayo de Júpiter, ostentando alrededor este lema: *A mí solo es permitido*.

Su arrogante figura, su destreza y valor por otra parte, cautivaban generalmente la atención, y le hacian dueño de todas las suertes sobre gran número de señores que le disputaban el campo, recibiendo públicamente los premios de manos de S. M. Por otro lado su talento (póético) campeaba tambien en las fiestas palatinas del Buen-Retiro, en cuyo teatro se representaban discretas comedias de su composicion, ante la corte y el pueblo, admitido gratuitamente al espectáculo, y presidiendo por la reina madre y el niño rey.

El cuidado de este y sus placeres y diversiones, comenzaron tambien á llamar la atención del marqués, procurando acompañarle á los reales sidos, y á la caza, á que se mostraba muy aficionado; por cierto que uno de los días en que la corte se ocupaba en este ejercicio en el Escorial, hubo una ocurrencia que al paso que demostró el profundo interés que la reina dispensaba á Valenzuela, sirvió á los ojos de muchos como de un presagio seguro de su futura desgracia: y fué que el niño rey disparando contra un ciervo, hirió ligeramente al favorito; suceso que afectó de modo á la reina que cayó en un desmayo, al tiempo que el mismo privado pudo ver en este fortuito caso un agüero funesto para lo futuro.

Y por cierto que la realizacion del pronóstico no se hizo esperar muchos dias. Aproximándose aquel en que debía cumplir Carlos los quince años, era llegado el tiempo de nombrarle su servidumbre real; y la reina y Valenzuela procuraron en tan difícil eleccion de los personajes que habian de componer aquellos que creyeron mas importantes: el duque de Alburquerque fué nombrado mayor domo mayor, el almirante de Castilla caballero, y el duque de Medinaceli sumiller de corps, etc.; pero como las plazas eran en corto número en proporción de los aspirantes á ellas, resultó, como no podia menos, mayor número de agravios que de favorecidos.

Aquellos pues, con bastante influencia en la corte, se unieron entre sí para estar sus tiros ciertos al privado, introduciéndose en el ánimo del joven monarca é insinuándole la necesidad de llamar á su lado á D. Juan de Austria. La reina, informada de las tramas de los cortesanos, y escarmentada por el ejemplo anterior del padre Nitardo, se hallaba entregada á la mas viva ansiedad, temiendo para su actual favorito la misma ó peor suerte, y para ella las propias humillaciones; y Valenzuela por su parte tampoco podia hacerse ilusiones sobre su futuro porvenir.

D. Juan entre tanto esperaba á fastidiarse de su destierro (siquiera fuese honorífico) de Aragón, y aparentaba poner un término inmediato á su afectado atajamiento de los negocios de la corte, trabajando en ella por medio de sus partidarios (que eran muchos y poderosos), para influir en el daimo del rey y hacerse reclamar su presencia en el Consejo.

Estos por su parte, desempeñando su papel con todo el celo que produce el propio interés, hicieron entender al joven monarca que no estaba solamente bajo la tutela de su madre, sino tambien de la de Valenzuela, haciéndola suponer relacion de las demasias que se cometian en el reino por consecuencia de esta privanza: la falta de libertad en que se lo tenia, y la necesidad de salir en fin de este humilde y populaje para hacerse notoria digno de una gran nacion; con otras razones y consejos que hallaron tan buena acogida en el ánimo del joven rey, que por de pronto hizo que los amigos de D. Juan le

escribiesen en su nombre que S. M. deseaba verle á su lado, y entre tanto una noche (la del 14 de enero de 1677), apoyado por los principales señores de la corte, logró evadirse secretamente de Palacio, y marchar á pié, atravesando todo Madrid de incógnito, hasta el del Buen-Retiro, enviando inmediatamente desde allí una órden para que la reina madre permaneciese detenida en su habitación.

Puede cualquiera figurarse la impresion que este primer acto de la autoridad real de su hijo haría en el ánimo de una princesa activa y acostumbrada á reinar; pero en vano se lamentó energicamente, en vano escribió una larga carta al rey para que la permitiese hablar con él: este se mantuvo por entonces firme en su propósito; y cuando al dia siguiente semejante nueva fué conocida en Madrid, la alegría y el entusiasmo hacia el joven principe llegaron á su colmo; se dispararon salvas, se echaron á vuelo las campanas, se iluminó espontáneamente todo Madrid: los cortesanos, las autoridades, el vecindario, todos corrieron presurosos á felicitar al nuevo rey, todos le ofrecieron su obediencia, sus servicios y sus bienes; y todos en fin manifestaron en sinceras demostraciones la alegría universal por haber en fin salido del trabajoso período de la minoría.

D. Juan, que llegó á los pocos dias, hizo que S. M. firmara la órden para que la reina viuda se retirase á Toledo, como así se verificó inmediatamente; y fortalecido con el cariño y la confianza que el rey le manifestaba, se hizo cargo de la administracion del reino; con tan omnímodas facultades, que podia decirse que el cetro habia pasado á sus manos. Su primer cuidado (por cierto bastante mezquino é indigno de su alta posicion) fué apoderarse de la persona de Valenzuela, que se habia refugiado en el Escorial, y á este efecto comisionó á D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, á fin de que le buscase y prendiese en nombre del rey. En su consecuencia partió dicho señor acompañado del duque de Medina Sidonia, el marqués de Valparaiso, y otros señores, enemigos personales de aquel desgraciado, y sostenidos por doscientos hombres de á caballo; y llegados que fueron al real sitio, procedieron á las mas vivas diligencias, á los mas escrupulosos reconocimientos del monasterio, bosques y heredades vecinas, para dar con la persona que buscaban; pero el fugitivo Valenzuela fiado en la protección del padre prior, se hallaba oculto en un nicho practicado en una de las celdas, con la angustia y privaciones que pueden suponerse.

Como los persiguidores sabian muy bien que el marqués se habia retirado al monasterio, no hubo sitio de él, incluso el templo, que no sometiese á la mas indecente pesquisa; en todas estas diligencias pasaban dias y dias sin resultado alguno, y D. Antonio empezaba ya á desconfiar de la empresa, temiendo que el proscrito habia podido hallar algun medio de evasion, cuando el desdichado marqués, falta de auxilio hasta de ambiente en el horrible escondite en que apenas cabia, cayó tan gravemente enfermo que el padre prior no pudo menos de revelar su situacion al cirujano de la comunidad, con el fin de llevarle á sangrar al marqués; pero el cirujano, á lo que parece, ahuyó traidoramente de la confianza, y reveló á Toledo el sitio en que estaba aquel oculto, de modo que á las pocas horas ya estaba este desgraciado en su poder.

Conducido inmediatamente de órden de D. Juan al castillo de Consuegra, despues que recobró la salud fué trasladado al castillo de Puntales en Cádiz, y de allí á Filipinas, degradándole previamente de todas sus titulos y honores, en los términos mas afrentosos, entrando á su muger y á sus hijos en un convento de Valavera, con otras medidas de estramado encono y desusado rigor. Y con que el papa, sabedor de las irreverencias y desatenciones cometidas en el Escorial al tiempo de su prision por los señores encargados de ella, los escoldió solemnemente: y para reparar aquellas graves faltas y alzarles las censuras, hubieron de ir en hábito pontifical á la iglesia del Colegio Imperial, donde el cardenal Melini, nuncio de S. S., les dió algunos golpes de disciplina y les impuso otras penitencias para su absolucion.

El entusiasmo y las simpatías de la nacion hacia la persona de Don Juan llegaron á su colmo riéndole al frente del poder supremo y en posesion de realizar las esperanzas que habia hecho sembrar. Dotado de un talento poco comun, acostumbrado al mundo, conocedor de las miserias públicas, y terrible acusador de los desmanes ocasionados por los sucesivos gobiernos, parecia que la Providencia divina le habia destinado para repararlas y conducir á la nacion á su antigua grandeza y poderío. Tras de una larga minoría en que una reina alemana, un rey niño, un ministro y confesor extranjero, y un arzobispo favorito habian jugado, puede decirse, con la factura pública, con las leyes y las desgracias del reino, se vela al fin al frente del gobierno á un principe amado y respetado de todos, nacido entre el pueblo y digno de honores, rebeldes y valentia. ¿Qué estráño era, pues, que los vientos y el entusiasmo nacional salieses su arribó con las mas sinceras muestras de alegría!

Mas por desgracia en todas las situaciones y en todas las circunstancias de una feliz granjarse una popularidad consentida, que justifi-

caría y continuar en ella desde un puesto tan elevado. La opinión pública, variable y sujeta á las impresiones más contrarias, derriba con igual facilidad los ídolos que alzó en un momento de entusiasmo, y los favoritos del pueblo no tienen que esperar mejor suerte que los favoritos de los reyes.

Esta regla general no se desmintió ciertamente á D. Juan José de Austria. No bien los infinitos que fundaban en la elevación del príncipe sus ambiciosas esperanzas, conocieron que su inmenso poder no bastaba á satisfacer una parte de ellas; ni bien el pueblo falsamente alucinado con ensueños de rápida prosperidad, comenzó á conocer que el dispensarla de pronto no estaba en la mano de un ministro ni de un gobierno, empezaron las murmuraciones, las intrigas, los complots contra la persona del ministro; reconocían ya y afectaban encarecer el vigor y osadía que había desplegado contra la reina viuda y sus favoritos; exageraban su orgullo y desvanecimiento, contando entre otras particularidades de su vida pasada, las novedades que había introducido en la etiqueta de Palacio y del gobierno, dando audiencia sentado, recibiendo á los embajadores y á los grandes sin darles la mano y sin hacerlos sentar, y tratando al mismo rey como igual suyo, más que como á su legítimo soberano; no faltando quien le atribuyera hasta el deseo y la intención de suplantarle en el trono.—D. Juan, á quien todas estas acusaciones y manejos eran notorios, y que los atribuía á los grandes resentidos, y al influjo que aun conservaba en la corte la reina viuda que permanecía en Toledo, hizo separar de sus cargos y desterró á varios de ellos, entre otros al almirante de Castilla, al duque de Osuna, al príncipe de Sillano, al marqués de Mancera, al conde de Llanes, al de Aguilar, al de Monterrey, y al marqués de Mondéjar. Estos destierros (la mayor parte inmotivados) fueron hijos de los celos de D. Juan hacia tales ó cuales de aquellos señores que empezaban á tener influencia en el ánimo del rey, y, aun respecto del último (el célebre escritor D. Gaspar Ibañez de Segovia marqués de Mondéjar), se creyó ser la causa, una picante sátira que se le atribuyó contra D. Juan, y que halló este príncipe en sus vestidos, el rey en su mesa, y circuló con profusión manuscrita; y como ha llegado hasta nosotros, y es hoy rarísimamente conocida, parece del caso estamparla aquí. Decía pues de esta manera:

Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona (1).
Bailó, y alguno blasona
que de cuantos han entrado
en la danza, ha averiguado
quién llevó la puz del baile;
pero yo aténgome al fraile
y quiero perder doblado.
De tan santa cofradía
procedió un hijo fatal,
y locó al mas principal
la pensión de la obra pía:
Eforo está que les daría
lo que quisiese su madre;
pero no halló á quien no cuadrara
una razón que se ofrece:
mírese á quien se parece
porque aquel será su padre (2).
Solo tiene una señal
de nuestro rey soberano;
que en nada pone la mano
que no le suceda mal.
Acá perdió á Portugal;
en las Dunas, su arrogancia,
dió tantos triunfos en Francia,
que es cosa de admiración,
quedar tanta perfidión
en un hijo de ganancia.
Mande pues Carlos Segundo
por si le hubo sin recelo,

(1) Estos anales primeros versos son muy conocidos y citados en las historias de la época; no así el resto de la composición, que solo se publicó en una obra francesa impresa en Lina en 1695, titulada *Memorias de la Corte de España*, por Mad. D.*** —La célebre actriz María Calderona, en quien tuvo Felipe IV al príncipe D. Juan de Austria, fué persona notableísima por su bellura y discreción, y que hizo olvidar bien pronto las debilidades más ó menos ciertas que la afeccionaron, con la heroica determinación que tomó á poco tiempo de nacido D. Juan, de profesar de carmelita, cuyo hábito recibió de manos del Nunzio de su Santidad (después papa Inocencio X) entrando en un monasterio de la Alcarria, que aun subsiste en el valle de Etanda, inmediato al pueblo de Valfornosa, y donde llegó á ser abadesa.

(2) Alude sin duda el duque de Medina de las Torres que anduvo por aquel tiempo perdidamente enamorado de la Calderona, y con cuyos furores pretendían muchos hallar alguna semejanza en D. Juan.

el rey que vivió en el cielo
en una nubes de mundo.
En misterio tan profundo
solo puedo decir ya
que por suyo le juzgá;
mas si con todo es extraño,
no será el primer engaño
que Felipe padeció.

En sus designios penetra
por una y por otra acción,
que no tiene otra intención.
Don Juan que empullar el cetro,
Abre, nuncio, vade retro,
hi de dama para él;
reino Enrique, y aunque fui,
nube y valiente le adunó,
hasta el día de hoy suspira
la tentad por el cruel (1).

¡Oh Carlos, gran rey de España,
no te espante, no le admire
que el mundo todo suspira
por oprimen tan extraño;
no es porque al pueblo le engaña
el pretexto del rumor;
sino que es tanta el amor
de la poble lastimosa,
que exhala una voz quejosa
aunque la oprime el dolor (2).

Véase, pues, á qué extremos llegó la animosidad contra el príncipe, y adónde fué á parar á los pocos meses de su mando aquella asombrosa popularidad y respeto.

Combatido en fin, por las infinitas intrigas de la corte, abrumado bajo el peso de los negocios públicos, de la miseria y descontento de todas las clases; sin poder hacer frente á los disturbios internos, á las guerras exteriores, al desorden de la administración, á la carestía de los viveres, al desenfreno, en fin, de las malas pasiones y del furor popular, bastaron pocos meses, pocos desaires, pocos desengaños, no solamente para agriar su carácter y ponerle en odio de la corte y de la gobernación, sino tambien para minar su salud en términos que habiendo caído gravemente enfermo, fué preciso en 7 de setiembre admitirle el viático, y á pesar de todos los cuidados y el verdadero interés que le dispensó el rey Carlos, falleció en el palacio real de Madrid á los cincuenta años de su edad el 17 del mismo setiembre de 1679 (aniversario de la muerte de su padre D. Felipe), despues de haber hecho testamento en el que dejaba al rey por su heredero. Al siguiente día, cubierto del gran manto de prior de San Juan, fué conducido al Escorial con la pompa fúnebre propia de infante de España, saliendo del Palacio por la puerta del parque.

Carlos II despues de enjugar sus abundosas lágrimas por la muerte de su hermano, dió lugar inmediatamente en su pecho á la ternura filial, y partió al día siguiente á Toledo para traer á Madrid á su angustiada madre; y este mismo pueblo que la había visto salir hacia dos años fugitiva y humillada, al tiempo que recibía con palmas á su enemigo, muerto hoy este, la recibió de nuevo con las más expresivas demostraciones de respeto y alegría.

R. DE M. ROMANOS.

EL CASTILLO DE MONTEALEGRE.

El feudalismo dejó su historia en las fortalezas de la edad media. ¡Libro en verdad sangriento y rudo, que refleja fielmente el carácter de la institución, transmitida por sus páginas de piedra al juicio de la posteridad! En España, sin embargo, aquellos monumentos tienen más significación. El viajero extraño, que guiado por las teorías históricas comunes á los países de la Europa, recorra las comarcas de Castilla, la creará la tierra más feudal de los tiempos caballerescos. Porque contará el copioso número de alayas y torreones, que cual un ejército de gigantes, guardanecan sus aldeas y colinas, y en cada piedra

(1) D. Pedro, muerto á manos de su hermano bastardo D. Enrique II.

(2) Estas coplas, aunque fueron atribuidas, como arriba decimos, al marqués de Mondéjar, se averiguó despues ser obra del célebre Almirante de Castilla D. Gaspar Enriquez de Cabrera, uno de los principales señores de la corte, poeta ingenioso y hombre de mundo, que vivía reglado y magníficamente en su Retiro de Recoletos, hasta que á los últimos años de una vida sensual y libertina, quiso borrar su memoria con actos de religiosidad y de penitencia; y al efecto fundó en el mismo Retiro de su casa-palacio, el convento de monjas recoletas de San Pascual, ó del Almirante, cuyo nombre conserva, así como la calle inmediata, no existiendo sin embargo ya de aquella magnífica posesión, mas que la huerta llamada hoy de Brancascho.

se imaginara el recuerdo de un opulento y despótico barón. Pero se equivocaría en su inferencia. España es la nación menos feudal del antiguo continente. Aquí jamás tuvieron su idéntico significativo las palabras de vasallo y de señor. La noble, la hizarra licera de nuestros tiempos jamás se serrilló bajo el yugo nobiliario. Sea dicho en honor y conmemoración de Castilla.

Las causas sociales de tan significativa excepción pertenecen a la historia. No obstante, habremos de hacer algunas indicaciones, para que se nos pueda fácilmente comprender. El municipio constituye el elemento cardinal, la condición intrínseca de nuestra patria. Sea porque se acomodó mucho con nuestro natural independiente y bravo, sea porque las tradiciones de la civilización romana se fundieron en nuestra organización política, hasta el punto de hacerse todavía sentir, ó por otros motivos especiales, ello es que la base municipal quedó a la caída del imperio como tipo absoluto de este país. Es verdad que los hombres del Norte importaron en su irrupción los gérmenes de la feudalidad. Pero la falta de unidad entre los diversos pueblos de la península ibérica, y el estado casi nómada de la población rural, el des-

estado llano, uno de sus brazos ó castamentos, al nivel del clero y de la nobleza. Y por último la institución altamente democrática de las *bechevas*, demuestra con todo lo antecedente que entre nosotros jamás existió la verdadera feudalidad, con sus desastrosos servicios, con aquellas ignominiosas *prebendas* y vasallajes que por los siglos medios pesaron sobre otros infelices pueblos.

Verdad es que, no pudiendo España sustraerse de todo punto a la influencia de la época y al estado general de la civilización, como sucedió a todas las naciones en el curso de los siglos y de las cosas, vio a la nobleza nacer en los campos de batalla, y adquirir posición social y política. Los reyes la concedieron inmunidades, y la dieron en herencia villas y lugares. Esto era hijo de aquel tiempo, y un tributo a su condición universal. Pero de esto al feudalismo genuino hay una enorme diferencia. Nuestros honrados pecheros nada tenían de común con los siervos del terrazo, con los *glebas* de las baronías germánicas; y los señores españoles no eran lo que los señalamientos de tierra y población de las monarquías militares. Los pueblos que rechazaron las armas de Anibal y Escipión; los pueblos que con rey su patria hicieron casa a la raza de Tarif; los pueblos que decían al príncipe, para ceñirle la corona, *nosotros junios solemos mas que vos; los pueblos donde había quien tomara juramento al rey sobre un cerrojo; los pueblos que sellaron la sanidad de sus libertades con la sangre de Villalar...* esos pueblos no podían ser los esclavos de un doméstico señor. ¡Raza de gigantes! Sería preciso renegar de la historia, desmentir a la naturaleza, para inferir tal agravio a vuestro honrado y libre corazón. ¡Cómo ser siervos los que nos dieron la libertad! ¡Cómo no ser ciudadanos los que nos crearon una patria! ¡Cómo no ser hombres los que restauraron la religión salvadora de la humanidad!

No: Castilla no es el país de la feudalidad. Por eso frente al castillo de un señor titular se eleva el consistorio comunal. Aquel tiene una bandera; este tiene una campana. Allí está la mesaña; aquí el consejo. Allí el alcalde; acá el merino. Contra la lanza, la vara, Cohim la fazaña, el fuero. Contra el feudo, el municipio.

¿Qué significan pues, se nos dirá, esas almenadas atalayas, esos empinados torreones que pueblan nuestro país?—La defensa de la nacionalidad, contestáremos con entera convicción. Y nada más cierto efectivamente. Ya lo hemos dicho antes de ahora en otros artículos monumentales. Las líneas de castillos y torres que guardan nuestras montañas, que protegen las villas, y vigilan los desfiladeros, no son el padron de la servidumbre, sino el antiguo baluarte de la fe, del honor y de la libertad.

Comprendido el castillo de Montalegre en el sistema general de fortificación de los campos Góticos, y formando parte de la línea fronteriza de defensa del antiguo reino de León, según más detalladamente hemos explicado en las columnas del SEMANARIO (1), es uno de aquellos monumentos donde se arboló la cruz de D. Pelayo contra la maza del Islam.

Situado en una prominencia considerable sobre la cadena de sierras que corren por este país de E. S., y que domina inmensas llanuras que se extienden hasta las montañas leonesas, su masa, bastante bien conservada en el exterior, presenta un aspecto bello é imponente. La planta es un cuadrado, imperfecto por el extremo meridional, que se destaca en un cuadrilongo, terminado en ángulo saliente. Flanquean los tres rectos restantes otras tantas torres, y en el centro de los frentes intermedios levántanse cuatro enormes cubos, al nivel de las torres angulares. Corona toda la parte superior de la fortaleza un ancho espacio, sobre el cual se alza el espeso almenar, aspillero para arcabucos y balistería.—El cuadrado fundamental de la obra cuenta 133 pies castellanos; la elevación de los muros hasta la raíz de las almenas es de 61 pies, por 13 de espesor. De modo que en el terrapien podían manejarse con comodidad las gentes de guerra, á modo que sobre dilatada plataforma. La altura de los baluartes y torres asciende hasta el terrado á 74 y 83 pies respectivamente, siendo de 24 el diámetro de aquellos, y de 32 el fondo de estas, con el proporcionado cordal en su murallaje. Dos largas escaleras de sillería abierta en el espesor de las cortinas S. E. y N. O. dan subida al terrapien, y otras escaleras á los cuerpos subterráneos. En el del E. hay abierto un inmenso pozo, que horadando verticalmente la fábrica, desciende y penetra en el fondo del solar.

El castillo tiene una entrada principal y un postigo falso. Consiste este en un arco, situado en el frente N. O. que da al campo: más hoy se haya cerrado de mampostería. La portada construida en la muralla S. O. úrmase de un gran arco con terrado portico. Sobre la cúspide se ve entallado en el muro un *blason*, formado por un escudo partido, su cuartel derecho *flanqueado*; y en sus dos triángulos superiores é inferiores notáanse dos *caldoras*, contándose en el izquierdo cinco *cruceñas*, en cuadrilongo y centro. La cornisa de la cimera no conserva mas que un pequeño resto, insuficiente para dar á conocer la gerarquía del poder.



(Castillo de Montalegre.)

quiciamiento que en todas las antiguas provincias imperiales produjo la ruina de aquel coloso, y el azaroso período de la dominación goda, impidieron el desarrollo y consolidación del régimen feudal, y su predominio sobre las formas municipales.—Luego sobrevino la invasión mahometana, y empezaron los pueblos aquella lucha inmortal. Esto era en el siglo VIII, y desde esta época, en el resto de Europa el feudalismo tomaba progresivo vuelo, y asentaba su trono de piedra sobre los despojos del elemento monárquico. Y allí los pueblos, el común, nada eran, y quedaban eclipsados entre tan grandes competidores.

Entre nosotros, por el contrario, erigido el pueblo en poder fundamental, por su organización para la reconquista, se hizo elemento independiente en la constitución nacional. El antiguo municipio fué restaurado en el comercio: el trono recibió su investidura de la nación, y ambos poderes hicieron alianza de igual á igual: el señoriato quedó vencido irrevocablemente desde la inauguración de la monarquía.

Durante la secular pelea se fué vigorizando aquella radical concordia. Pues necesitando constantemente los monarcas á los súbditos para sostener el solio contra los embates de los sarracenos, y hallándose identificada la causa de su dinastía con la libertad y salvación del país, no hubieron podido desentenderse de aquel solemne pacto, sin poner á riesgo de perdición su nombre y su corona. La prueba de nuestra observación está en los fueros municipales ganados por los concejos, y autorizados por los reyes, durante la guerra, y en la constante celebración de las cortes, su alta intervención en el manejo del Estado, y en la importante participación del pueblo en ellas, formando bajo el nombre de

(1) Castillo de Belmonte, 1851.

Sin embargo debería ser dural, ó de mármol más ó menos, atendido el significado heráldico de las marmotas del escudo, antiguo emblema de los «ricos-hombres señores de pendón y de caldera.» Lo cual significa que el castellano de Montalegre era de aquellos infanzones, que podían levantar gentes de guerra, y mantenerlas á sueldo por su cuenta.

En la parte alta del mismo muro, y perpendicularmente sobre esta entrada, se destaca un órden de mata-canes, que sostienen cierto pabellón saliente, para defender el acero, ofendiendo al enemigo por los intestinos con armas arrojadizas, piedras y otros proyectiles, hallándose la guarnición á cubierto por el nuevo volante exterior.—En el centro del edificio está la plaza de armas, de forma regular y espaciosa, para los ejercicios militares y desahogo de la gente de armas y habitantes del alcazar.

La construcción de este hermoso castillo debe remontarse al siglo XII. Así lo indica la circunstancia de pertenecer su fábrica al género gótico primitivo, que fecha en España de aquella época. Y si es cierto, como piensan, que en aquel tiempo era señor de la villa D. Tello Perez de Meñeses, magnate poderoso de este país, debió ser obra suya, pues solo él podía fortificar sus estados. Quizá su insigne casa hubo á Montalegre en merced de los reyes, por los primeros siglos de la festinación; y tanto para asegurar esta comarca fronteriza de su adelantamiento de campos, como por los disturbios interiores sobrevenidos después, debió representar un papel aventajado.

Tiene á la vista esta fortaleza, por el N. el castillo de Belmonte, y por el E. el de Torre-morujón.—En la actualidad es posesión del marqués de Montalegre, con grandeza, que radica en la casa de Osuna. Y por cierto que tiene en bien poco el solar de sus abuelos! Así es que en los últimos años ha perdido toda la parte interna de habitación.

La arrogante fortaleza del señor de Meñeses puede ser hoy comparada á un sepulcro de bizarró aspecto; pero que en su fondo no contiene mas que polvo y vanidad.

VICENTE GARCIA ESCOBAR.

EL AVEJORRO.

«Estoy viviendo, como los héroes de Morwen, entre nieblas. El cielo, secoputado siempre, truena de vez en cuando, para interrumpir la monotonía de su soporífica lobreguez: el suelo se transforma de lodazal en lago y de laguna en lodazal, y los felices habitantes de la coronada villa y corte nos vamos convirtiendo en ranas y otros animales acuáticos. Con tan hermosos suelo y cielo, y una impaciencia febril que suele cambiarse en hastío, vive el rey de la creación, el hombre, de un modo que debe dar envidia al bucy suelto que bien se lame, al perro que trabaja en banasta de lana, y á todos los demás animales, átomos de la creación en que el hombre se presenta como poderoso soberano. Y es muy justo que así suceda. ¿Quién puede disputar al hombre su universal soberanía? El hombre es el único ser dotado de razón, el único que tiene alma, ese *quid divinum*, parte del supremo creador, eterno como su existencia, espíritu como su espíritu. Y como el hombre tiene razón, difícilmente se equivoca; es prudente, equitativo, justo, y debe ser el juez universal. Y como el hombre tiene alma, ó lo que es lo mismo, una cosa que no es materia, además del mundo físico en que habita su cuerpo, materia pura como la del perro y el abuey, se eleva en espíritu á ese mundo moral, tan grande, tan noble y tan bello. Llegado á ese mundo, salta de pasión en pasión como el pájaro de rama en rama; y si después de haberse henchido de ambición nunca satisfecha, de amor de gloria nunca saciado, de patriotismo burlado siempre, de generosidad siempre contrariada, de amistad siempre escarnecida, se para en el amor, entonces puede decir el hombre espíritu que ha encontrado la piedra filosofal del mundo moral y material, que su felicidad no tendrá límites. Porque ¿dónde hay contento comparable al de pensar siempre en una mujer, verla siempre, adorarla siempre...? y que esta mujer no piensa en uno, se no de uno, no sueña con uno, y si es preciso, piensa en otro? ¡Bendito seas, hombre! ¡Bendito seas, mundo moral! ¡Vos os saludó como los gladiadores á César; ¡César! moriturus salutans!»

Las anteriores festivas líneas escribí yo á las cuatro y media de la tarde del día 11 de abril de 1861, y me parece que en lectura puebla hasta la evidencia que me encontraba en un estado de paz y contento verdaderamente. Yo no sé, ni quiero saber, hasta dónde hubieran llegado mis sarcásticas lamentaciones si hubiera seguido escribiendo; pero sí sé que dejó la pluma al ser, casi dentro de mi oreja izquierda, el penetrante y roncó zumbido de un impertinente avejorro. No sé si sabrán mis lectores que este insecto solo se aparece en situaciones muy solenes, y que es mensajero de fatales ó felices nuevas; pudiendo conocer el avejorro á qué género pertenecen con solo mirar al avejorro, pues si

es negro las trae fatales, y si pintado muy alegres. Esto que acabo de decir lo sé de boca de una vieja, de modo que no da lugar á disputa.

Al primer zumbido del insecto me estremecí, como quien recibe una carta con letra negra sin saber quién se la dirige; y lo primero que se me ocurrió fué averiguar qué color tenía el impertinente avejorro. Empecé á mirar á uno y otro lado; pero el bicho seguía constantemente el movimiento de mi cabeza, y gasté tres ó cuatro minutos en saber que era negro como un azabache.

¡Desgracia! tenedme! exclamé arrojando algunos papeles y levantándome de mi sillón. El avejorro zumbó entonces de una manera particular, y yo entendí ó imaginé que había confirmado mi exclamación, zumbando la palabra desgracia.

Enfermado con su aparición, y mucho mas con el zumbido que de tan extraña manera había herido mi tímpano, me puse á perseguir al impertinente mensajero de malas nuevas, con ánimo de exterminarlo; como si él fuera un embajador encargado de hacer un motín y yo un gobierno interesado en reprimirlo. Pero el maldito mensajero se me escapaba de entre las manos, como pudiera un embajador sacar los hilos de su trama de entre las manos del gobierno, y saliendo y entrando por la puerta de mi habitación, zumbaba de un modo especial, que en mi tímpano zumbaba, «Ven.» Como yo doy mas importancia á las embajadas de los avejorros que Rosas á los embajadores de Inglaterra y Francia, tomé el paraguas, los guantes y el sombrero, y sin delatarme el temor de ver desplomarse sobre mi cabeza, en torrentes de agua, las nubes que oscurecían el firmamento, bajé en pos de mi ulado guía las escaleras de mi casa, y un momento después me hallé en la bulliciosa Puerta del Sol. El avejorro continuaba volando siempre á una vara de mis narices; pero al llegar á la garita del centinela de la casa de correos, esquina á la calle de Carretas, empezó á cernerse, como las palomas cuando se acercan á su palomar; y yo empecé á llevar el paso, como los soldados en las procesiones y entierros. Un minuto escaso llevaríamos de piñar, el avejorro en el aire y yo sobre la losa de la acera, cuando distinguí como una docena de cirios que asomaban por la calle del Carmen, en manos de una docena de pobres de San Bernardino; en medio de estos cirios un atahud en hombros de cuatro conductores de muertos, y tras del atahud y los cirios como un par de docenas de personas vestidas de disintos modos, y que caracterizaban perfectamente un cortejo de vecindad. Atravesé el fúnebre cortejo la Puerta del Sol; sin que pararan en él mientras los cesantes que desahaban un pronto cambio de ministerio, ni los buisistas que se ocupaban del próximo arreglo de la deuda; entré en la calle de Carretas, y mi guía se plantó de un vuelco sobre la tapa del atahud. Yo comprendí que debía seguirlo, y confundidome con el duelo, empecé á marchar á buen paso, porque los que llevaban el muerto iban muy ligeros, temiendo el inminente chaparrón.

Cruzamos sin novedad ni azares las calles de Atocha, la Concepción Gerónima y algunas otras hasta llegar á la de Segovia; pero al acercarnos á la puerta del mismo nombre empezaron á caer unas gotas anchas y escasas como las que preceden siempre á las tempestades y aguaceros. Dirigí una mirada en torno para ver si mis compañeros de duelo pensaban tomar precauciones contra el inmediato chubasco; pero vi que todos seguían su camino, y como mi guía continuaba posado sobre el atahud, no me á treví á volver piés atrás por preocupación y por vergüenza de que me llamaran cobarde.

Al llegar al puente de Segovia empecé á llover en toda forma; los conductores aceleraron mas el paso, mis compañeros se guardaron bajo sus correspondientes paraguas y continuaron impertérritos; yo abrí el mio, dirigí una mirada á mis botas de charol acabaditas de estrenar; otra mirada á mi pantalón negro en muy buen estado; otra mirada á mi gabán que contaba apenas un mes escaso de servicios; otra mirada al ala de mi pobre sombrero, estrenado aquel mismo día; y como legítima consecuencia de tan dolorosas miradas, me paré, indignándome la vergüenza volver atrás, y el cariño á mi pobre ropo continuar hacia el cementerio. El avejorro vió mi acción y debió leer mi pensamiento; dejó el atahud, llegó hasta mí, zumbó en mi oído una especie de grito, que me pareció decir «sigues», y veloz como el pensamiento volvió á la tapa del atahud. Yo quise mantenerme firme en mi propósito de retirada; pero mi voluntad cedió al prestigio de una fuerza oculta, y seguí marchando hacia el inmediato cementerio.

Un elemento solo, el agua, se creyó impotente para atormentarnos y llamó en su auxilio al huracán. A su embala los paraguas se tambaleaban en nuestras manos, como las copas de los árboles que van descajonando los torrentes; y después de haber luchado en balde, nos decidimos á cerrarlos. Dos minutos después el pobre gabán y mi sombrero estaban como si los hubieran melido en el cenagoso Manzanares; mi sombrero y mi pantalón estaban en mejor estado, y nada tenían que temer; ya estaban del todo inservibles.

(Concluid)

JUAN DE ABIZA.

el 26 de agosto de 1567

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

Nació en la ciudad de Barbastro en Aragón hacia el año de 1563. Llamóse su padre Juan Leonardo, secretario primeramente del emperador Maximiliano II, y después del príncipe de España D. Felipe, y oriundo de una antiquísima familia de Huesca; y su madre Doña Aldonza de Argensola, señora ilustre de Cataluña. En compañía de su hermano mayor Lupercio, recibió la enseñanza de las humanidades y de la filosofía, y siguió la carrera del derecho en la universidad de Huesca, donde se graduó de doctor. Así eran poco más ó menos los principios de la mayor parte de los literatos de aquel tiempo. Argensola, ordenado de sacerdote, fué rector de Villa-Hermosa, y después de una corta mansión en Salamanca, pasó á Madrid, donde la emperatriz María de Austria, retirada entonces al convento de las Descalzas Reales, le hizo su capellán; pero por la muerte de aquella princesa, acaecida en 1605, se trasladó á la corte, que entonces residía en Valladolid.

En vez de pasar su vida entre la oscuridad y el olvido, los grandes de aquel siglo tenían la loable costumbre de amar y cultivar las letras, proteger á los hombres de mérito y de ingenio, y complacerse y honrarse con su amistad y su trato. Entró ellos por su franqueza y magnificencia se distingua el conde Lemos (entonces presidente del consejo de Indias), cuyo nombre vivirá mientras vivan las bellas producciones que él fomentaba y aplaudía. Este magnate, aficionado particularmente al mérito de los dos hermanos Argensolas, los distinguió entre todos los ingenios de su tiempo, dispensóles su amistad y comenzó á ocuparlos.



(Argensola.)

Digno y verdadero modo de proteger los talentos, que se inflaman, no tanto con la recompensa, como con el buen empleo que de ellos se hace. Cupó á nuestro Argensola el de escribir la *Conquista y reducción de las Molucas á la obediencia de Castilla*, ejecutada por D. Pedro de Acuña, gobernador de Manila, comision que desempeñó gallardamente, escribiendo uno de los mejores trozos de historia que se conocen en castellano, ya por la belleza de estilo, ya por las curiosidades que contiene. El historiador, sin ceñirse precisamente á la expedición de Acuña, empieza su narración desde la primera llegada de los europeos al archipiélago Asiático; cuenta su establecimiento, sus violencias, sus variaciones; describe el lujo, la riqueza y costumbres voluptuosas de aquellos isleños; los ojos codiciosos con que las naciones de Europa miraban las gratas producciones de su rico país, las diversas tentativas más ó menos afortunadas que contra él se proyectaron; los viajes de Sarmiento y de Brack por el mar del Sur, incluyendo también ciertos episodios, que el gusto de aquel tiempo aplaudía, y aun ahora se leen con placer, todo pintado con destreza, y animado de un colorido que maravilla y suspende.

Escrita y publicada esta obra en 1609, que como bellísima se adquirió al instante críticas y aplausos, Argensola se retiró á su país, de donde le sacó el conde de Lemos para llevarlo consigo á Nápoles cuando le hicieron virrey de aquel reino. Iba también Lupercio de secretario del

virreinato, y los dos hermanos se granjearon allí la misma reputación y honores que en España gozaban. Al menor le confirió el Papa un canonicato en la catedral de Zaragoza, y los diputados de Aragón le ofrecieron el de coronista de aquel reino, vacante por el fallecimiento del anticuario Llorente. Así, habiendo muerto su hermano en 1615, y restituido á España el conde, volvió él también y se retiró á Zaragoza á ejercer sus dos empleos. Allí acabó en 1651 una vida dedicada toda á dulce ejercicio de las musas, entre la moderación y el retiro. Después de su muerte, D. Gabriel Leonardo, sobrino suyo, publicó sus rimas y las de Lupercio en un tomo en cuarto el año de 1654, y se han reimpresso en nuestros días.

Su ingenio poético le dió entonces el título de *Pénia Español*, y le concibió una celebridad escociva, con los aplausos que le prodigaron su discípulo Villegas, cuya reputación va declinando; Cristóbal de Mesa, que ya no vive; Esquilache, cuyos versos ligeros y delicados á veces agradan todavía; y Cervantes, que será inmortal. Sin embargo es preciso convenir en que este renombre y celebridad son infinitamente menores ahora. Su poesía, escasa de imaginación y entusiasmo en la oda, sin vivacidad ni soltura en la éstira, solamente es recomendable por la pureza de estilo y de la dición, libres enteramente de los vicios monstruosos que entonces inundaban la poesía y elocuencia. Por esto Lope de Vega, en la aprobación de sus rimas, decía, que él y su hermano habían venido de Aragón á reformar la lengua castellana.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO IV.

LA ENBOSCADÁ.

Llena de atmósfera impura,
medio abierto un ventanillo
que luz derrama insegura,
triste se ostenta y oscura
la habitación de Castrillo.

Ya despunta la mañana
que tanta ansiedad alberga,
ya el sol emprende, aunque vana,
su batalla cotidiana
con las nieblas del Pisurgra.

Ya, dejando el duro lecho,
Juan, el brazo arremangado,
desnudo el torcido pecho,
anda en su recinto estrecho
inquieta y preocupado.

Y para hacer copia fiel
de aquel rostro en que rebosa
todo el fuego de Luzbel,
fuera preciso el pincel
acre de Salvator Bossa.

A la luz roja y escasa
que ilumina el aposento,
se ven colgados sin tasa
de la pared negra y rasa
los ámbles del tormento.

Bachas, torcillos, dogales
de forma extraña y horrenda,
con aguzados puñales
son los despojos mortales
de aquella infernal vivienda.

En ellos un punto aversa
hijó Castrillo la vista,
con la interior algazara
de un triunfador que admirara
sus despojos de conquista.

Y descolgando con tiento
largo cuchillo del muro,
próbe su filo sangrienta,
y murmuró descontento:
« Afiliate es más seguro. »

En este punto dos golpes
con pausado y lento son
en la puerta resonaron,
y al propio tiempo una voz
débil y aletirada el nombre
de Castrillo pronunció.
Descorrió Juan el cerrojo

y con traidora expresion
la innoble faz de Garduña
en el dintel asomó.

—Buenos días—

—¿Qué se ofrece,
compadre?—

—Hacerte un favor.—

Grande será, cuando vienes
apenas despunta el sol.

—Sabe que esta misma noche

una atrevida faccion
ha derribado el cadalso
del Maestre—

—¡Ira de Dios!—

—De verlo acabo yo mismo:
ganar tiempo es su intencion.—

—¡Robarme quieren la presa
que la ley me abandonó?
Pues ya sabrán que no en vano
soy aquí su ejecutor.—



(Tipos de Inglaterra.—Vendedor de verduras.)

Apenas estas palabras
de pronunciar acabó,
cuando se lanza á la calle,
y entre el húmedo vapor
de la condensada niebla
su figura se perdió,
como sombra que en la nieve
al indeciso fulgor
de la luna se refleja.
Clavado al dintel gran rato
Garduña permaneció,
con la actitud del que escucha,
en la oreja el corazón,
hasta que rompió los aires
gemido desgarrador

de esos que la sangre hieían
siempre que escuchados son.
—Sin duda el golpe es certero,—
por lo bajo murmuró,
y trasponiendo el dintel
tras esta corta oracion,
en la mansion de su víctima
lentamente penetró.

(Continuará.)

CEPERINO SUAREZ BRAVO.

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.